EL VIEJO

[Fabio Angelli - http://elmonstruosinvoz.blogspot.com.es/]

Mas ¿quién te quitaría a ti de los hombros el peso de tu melancolía?
Para eso soy yo demasiado débil.
Largo tiempo, en verdad, vamos a aguardar
hasta que alguien te resucite a tu Dios.
Pues ese viejo Dios no vive ya: está muerto de verdad.

F. Nietzsche.

Dios aprieta
pero no existe

Pintado a rotulador en el aseo de un bar de carretera.

Llevo aquí un buen rato, sí señor. Para ser más preciso el concepto de *aquí* habría que matizarlo, pero quizás no venga al caso o por lo menos no de momento. Lo importante ahora es que estoy aquí para hablaros, para relataros, para verbalizarme. Eso iba con cierta retranca. ¿Lo habéis pillado? Bueno, da igual. A mí, la verdad, me la trae al pairo. Llevo tantísimo tiempo hablando solo que os prometo que ya ni me importa. Lo que sí me parece importante en el sistema de esta cháchara que estamos teniendo, lo que a mí me parece funcional es que ahora yo estoy aquí. Por voluntad propia, eh, por libre albedrío.

Me encuentro ahora en este espacio, sí, en esta residencia desde hace ya tiempo suficiente como para ver ya a unos cuantos marchar, como os diría, de forma definitiva, unos cuantos que llegaron, *Hola qué tal, Me llamo cual, Gracias, ya no tomo sal, Me encuentro mal*... y luego la diñan. Es fatal. Pero yo no. Yo sigo aquí impertérrito.

Un día, después de trabajar toda una vida, decidí que ya estaba bien y que me tocaba retirarme, reposar, jubilarme. Y aquí me tenéis, anda que no. Toda la vida hice únicamente lo que me petaba. A mí y a nadie más. ¿Y a quién iba yo a escuchar? ¿En quién iba yo a confiar? Me estoy saliendo un poco del tema. Quiero decir que no tenía a nadie con quien compartir mi soledad aunque hubo gente que sostenía justo lo contrario, pero todo aquello pasó, ya llovió. Hubo personas que decían que éramos cantidad, todos apretujados allí donde estaba yo antes, pero no son más que tonterías, vamos, decían que éramos no sé cuántos... otros sostenían que estaba más solo que la una o que vivía con la familia o yo qué sé; lo que sé es que la gente no sabe sino meterse en la vida de

los demás. ¿Qué les importará si vivo con un hijo mayor que no da marchado de casa, si soy soltero o si tengo parienta? Vaya invento la gente. ¿No tenéis suficiente con vuestras vidas? Siempre metiendo las narices en las cosas de los demás. Todo el mundo ahí especulando, pero ¿qué narices tendréis que especular? Bueno, vale, ahora qué más da, ya pasó. Vine aquí para olvidarme de todas esas miserias.

Pues aquí me tenéis, decía, en un asilo. En un asilo, sí. Con un cuarto para mí solo y sin tener que preocuparme de nada, como mucho de tener oídos por si llaman para la comida o los medicamentos. Y sansacabó. Y ojo, vine porque quise, no como muchos de los que comparten tiempo y espacio conmigo, aquí y ahora, que acabaron en esta residencia porque ya están…, sí, un poco... pues, no quiero ser irrespetuoso pero hay algunos que ya no están bien del todo, con la cabeza, quiero decir, sí, vamos, que están medio chota, con todo el cariño del mundo Es la edad, claro, dicen parvadas, no se acuerdan de sus hijos; a mí me parece incluso mal pero las cosas ya son así y es tarde para remediar. Punto. Acabaron aquí porque no tienen la cabeza en su sitio, olvidan, confunden, no pueden estar solos, podríamos decir que los que más razón tienen de estar aquí, no saben por qué están o quizá ni siquiera saben que *están*. Luego los hay que saben perfectamente el porqué y el cómo; simplemente alguien los metió aquí porque estorbaban un poquito y ahora viven aquí como yo, sabiendo de estar, pero con una diferencia importante, que yo sí quiero quedarme. En este *aquí*.

Como os comentaba antes, yo trabajé mucho, de veras, mucho tiempo entregado a mi trabajo. Se puede decir que era un autónomo, con las palabras de ahora. Claro que en mi juventud esta palabra aún no existía, pero sí, de alguna forma era un autónomo. No paraba de hacer cosas. Hice tanta-tantísimas que ya ni me acuerdo; ni me interesa. Tal vez hice tantas porque no era muy bueno... no pongáis esas caritas. No trabajaba bien y esa fue la forma de disculparme: estar ocupado. Iba agobiado y no tenía tiempo para arreglar, así que hacía mucho para no tener que hacer bien. Pues vaya si no hay gente que hace lo mismo cada día. *Cacho chapuza acabo de hacer* –decía–*, pero ahora toca otra cosa*. Y hala, la chapuza queda ahí, cierto, pero queda atrás y si no la veo no existe. Un chapucero toda la vida. Y los años que llevo. Ahora que estoy aquí puedo hablar con franqueza.

En realidad siempre he hablado con franqueza, no ya porque sea honesto, tres pimientos me importa a mí ser honesto, y además para mí la opinión de la gente, y me refiero a la gente de toooodo el mundo, es como el papel higiénico, en el sentido que las opiniones de los demás desde siempre me las paso por ahí. Bueno, decía que las

chapuzas fueron innúmeras, todo un mar de chapuzas increíbles y a tomar por el culo, a mí qué, qué pasa, qué quieres, y podría seguir con más macarradas como éstas.

Pero volviendo al tema: un día dije *sacabó* y aquí estoy, un servidor, hablando de aquellos tiempos. Y vaya tiempos fueron aquellos, que para aburrirse tenía uno buena gana, siempre había cosas que hacer, vamos, una fiesta. Donde vivía yo había espacio, mucho espacio y uno podía hacer lo que le petase sin que nadie le dijera ni mu. Estaba a lo mío, tranquilo de todo, en ese *allá* que parecía todavía nuevo, tomándome mi tiempo, metido en mis cosas, en proyectos, con tiempo para hacer y para pensar. Son las ventajas de la soledad. Trabajaba y de vez en cuando me tomaba un respiro. Que lo mío siempre fue currar duro pero también divertirme duro, que tampoco podemos tomarnos las cosas siempre tan a pecho, no, *mens sana in corpore sano,* decía el otro, así que al *corpore* también había que darle algunas alegrías que el trabajo ya se encarga de joderte la *mens*, anda que no. Y no era como ahora que si la semana corta, que si los moscosos y la pirola en vinagre. Esa es otra: si por lo menos el personal estuviese contento, pero ni siquiera eso, que la peña parece estar únicamente para quejarse. Nunca está satisfecha, siempre pide más. Y no es cosa de ahora, no, antes también todo el mundo no hacía sino pedir y más pedir. Pero antaño por lo menos se trabajaba más, yo -como os decía- era de los que seis días de siete estaba dando el callo, que se dice pronto. Sin vacaciones. Seis días dándolo todo y el séptimo, como se suele decir, a descansar, a olvidarse de todo el mundo, ya no estoy, vuelva Usted el lunes, cerrado, disculpen las molestias.

Ahora es otra historia, otra música, sí señor, tranquilidad, un poco de aburrimiento si a caso, puedo decirlo, no me da vergüenza; aún así bien, eh, bien de verdad. La gente de la residencia tampoco está tan mal, tiene sus manías como todos, qué os voy a contar. De vez en cuando a alguien le da por gritar, tú haces como si nada, porque a lo mejor tiene derecho a montar el numerito; simplemente no le haces caso y a tomar por ahí, que vaya si no tengo yo la piel dura para estas cosas. Llegado a esta edad puedo permitirme el lujo de pasar del tema, por aquí entra y por aquí sale, pim pum, entra sale. Mira qué bien. A veces, ni entra.

Bueno, hay un fulano... sí, hay uno que me cae mal. No iba a ser todo perfecto, por supuesto, lo sé bien desde el principio, desde el principio de los principios que las cosas no salen perfectas, así que hay uno que me cae gordo. Es de los que ya no tienen la memoria muy nítida y confunde las personas, los recuerdos, los sueños o qué sé yo. Estoy leyendo el periódico como el que no quiere la cosa, y va él y me dice, *te conozco*, y yo, *a mí qué*, y él, *te conozco*; a veces hago que no oigo y él se cansa, pobre, es una lástima pero también te toca la moral, *te conozco, ¿tú no eras...?,* y luego no sabe seguir

y queda ahí agilipollao. Pobre, qué pena. Al principio intenté darle conversación, o por lo menos seguirle un poco el juego, *hombre qué tal, cuánto tiempo, pues sí, sienta, hablamos*, pero al final, mira, estoy cansado y si estoy aquí es para relajarme, no para seguirle el rollo al tonto del pueblo.

¿Qué hago? Nada, no hago nada, principalmente. Antes jugaba algo al ajedrez pero me aburrí enseguida. La gente parece parva. Antes de que empiecen a mover las fichas ya sé lo que van a hacer, y no me refiero a la jugada que están a punto de realizar, no, yo veo toda la partida, todatodita, como en una linterna mágica de las de antes, que parece que se mueve pero sólo es una secuencia de imágenes paradas. Así veía yo las partidas de ajedrez con mis compañeros de aquí, ficha tras ficha, antes de empezar. Al principio no está mal, acabas de llegar y quieres conocer a la gente y juegas y ganas y eres bueno y la gente está asombrada contigo, pero al final qué aburrimiento. Además todos los viejos, ya sólo por llegar a viejos, tienen algún derecho, digo yo, y no están por la labor de asombrarse viendo como les ganas seguido. *Jo, eres bueno,* pero me miran mal porque siempre gano yo, así lo dejé. Tampoco es que me molesten las miradas de maldad cobarde de los viejos, simplemente, ya lo dije, estoy aquí en búsqueda (y sobre todo en conseguimiento) de mi relax. Todo se resume en el *adagio*: a tomar por el culo también el ajedrez.

Luego están los enfermeros y las enfermeras. No me miréis con esas caritas de idiotas, sí, dije idiotas, ¿Algún problema? ¿No? Pues mejor. Decía que hay de los dos tipos, machos y hembras, que a decir la verdad, para mí son iguales, que los tiempos de ser viejo verde ya se fueron por donde vinieron. Además estoy acostumbrado a la soledad y para mí son todos como hijos, pero sin el engorro del cariño, quiero decir que cuando necesito algo sé que aquí van a estar para echarme un cable pero luego cada uno tiene su vida y que nadie conoce a nadie de verdad, y más allá de las conversaciones de quince segundos mientras me dan las pastillas o me ayudan con la bandeja de la comida, yo no me meto en sus cosas ni ellos en las mías, y si no tuviera pasta para pagar podría olvidarme de sus cuidados, exactamente como si fueran hijos.

Hay dos que no me caen mal; de vez en cuando charlamos y me hablan con un respecto de otros tiempos, al que ya no estoy acostumbrado; parecen estar siempre a la espera de que les diga algo que les ilumine, pero nunca me preguntan nada.

Vale, no es la primera vez que me topo con gente así, pero, venga, no me digáis que ahora es normal, porque no, bien lo sé yo. Cuando llegué a esta residencia me di

cuenta enseguida de su actitud y no niego que hasta pensé que se habían puesto de acuerdo para tomarme el pelo. Luego entendí que hacen lo que hacen porque son así, es su forma de estar a gusto consigo mismos, cada uno tiene su forma de ser, y ellos me tratan bien para sentirse mejor, para seguir considerándose buenos, supongo; vamos, porque yo a ellos no les digo nunca nada, ni gracias ni hostias. Pero tengo que admitir que es agradable ver gente sonriente.

El otro día vino ella, Sara, toda llena de alegría como si fuera domingo y venga paliquear que íbamos a salir todos a dar una vuelta que era pecado quedar en casa con el día que hacía. Pobrecita, yo salí porque me daba pena que un poco de anticiclón pudiera con ella y estaba eléctrica por tan poca cosa, pero qué le vas a hacer, cada uno es como es y la verdad no me costaba nadadenada salir a dar un paseo, aunque fuese por no oírla; que siguiese sonriendo, sí, pero callada, jesúsporfavor. No me malinterpretéis, que es buena gente y, si tuviera yo otro carácter, incluso le podía hasta querer un poco.

El otro, Daniel, es más serio y está siempre dándole vueltas a las cosas, si eso es justo, si lo otro no está bien. ¿Qué sabrá él? Le dejo decir porque seguro que no tiene a nadie y quizá para él es mejor hablar con un viejo que hablar solo, no sé, supongo. A veces, cuando me levanto con humor de rayos, me entran ganas de explicarle que todo es una farsa absurda y que sus palabritas de si algo es justo o deja de serlo, no son más que eso, palabritas, pero para qué, que se agarre fuerte a lo que quiere, seguro que para él es mejor así. Vosotros diréis quién soy yo para decidir si montar o desmontar ilusiones transcendentales –que término más guapo ése, siempre me ha gustado– así, a primera hora de la mañana, pero yo podría contestar que bien sé yo de lo que hablo y si os digo que es así, tendríais que creerme, pero al mismo tiempo, el mero hecho de contestaros presupondría atención, escucha por mi parte a vuestras quejas, cosa imposible por definición, ya que os expliqué que todo, absolutamente todo lo que pudierais decirme es como el papel higiénico del que ya hemos hablado. Bien, volviendo al chiquillo: Daniel es un tipo simpático, cerebral pero simpático. Me cuenta cosas, con esa carita seria que no para de darle vueltas a todo y luego sonríe para encontrar aprobación. Parece incluso que trata de complacerme, como si estuviese repitiendo algo aprendido de memoria sólo para decírmelo a mí, ni que yo fuese su profe. Me gusta su empeño, la ilusión, convicción. Se la envidio.

Si me interesara vuestra opinión no lo diría, guardaría para mí un comentario tan personal y sincero, pero... Ojalá tuviese yo un carácter así, esas ganas, pero nanai. Lo que hice, hecho está, pero no se puede decir que esté hecho con atención o cuidado o pasión. Todo mi trabajo, la labor de una vida, se ve perfectamente que está hecha por

hacer, así, como los garabatos cuando hablas por teléfono. Una raya, una línea más abajo, ahora un círculo, así, sin pensar, sin mirar si te está quedando bien o no, porque no te interesa, tú estás haciendo otra cosa, estás hablando por teléfono y los dibujos no son tu ocupación primordial –claro, sé que podía decir *primaria*, pero dije *primordial*, no, no fue un error. Pero vamos a ver, quien habla es quien decide qué palabras utilizar, ¿no? Pues eso–, tu ocupación es el teléfono. Y aquí acaba lo útil de esta comparación ya que aquí está la diferencia, en mi caso lo que hice *era* mi ocupación, era lo que estaba haciendo en aquel momento, aunque *momento* no sea al palabra correcta. Todo aquello a lo que me he dedicado es aproximativo y la verdad es que no sabría decir si podría haber sido distinto, si hubiese podido hacerlo mejor. Tengo mis dudas. Pero ya da lo mismo.

Tengo una pequeña satisfacción, un poco malvada quizá y no sé el pobre Daniel qué podría pensar, si para él estaría mal, si sería injusto. Pobrecito Daniel. Yo di de qué hablar, eso sí. Es mi satisfacción. Sabéis, como los artistas contemporáneos, los que hacen por ejemplo una escultura de ocho metros, yo qué sé, de un chupachús, y de repente eso es *arte* porque mide ocho metros o vete tú a saber por qué; bien, esos dan de qué hablar, de lo que hacen, de ellos mismos, del arte en general. Es un mérito también, anda que no. Incluso si echas un pedo en el autobús o en un ascensor das de que hablar pero tienes menos relevancia, tienes menos voz, para expresarlo con otra metáfora, hala. Y yo más o menos lo mismo. Hice cosas, todo un existir lleno de cosas, y venga discursear el personal de cómo lo he hecho, de su finalidad. Algunos, mira como es la vida, de tanto hablar, aunque sin tener idea, claro, llegaron casi a convencerme. Echaba una mirada a lo que acababa de hacer y casi me parecía algo con sentido, pero vamos, un segundo, que ya estaba un servidor a otra cosa, pim, pam, pim, pam. Todo un no-parar de cosas mal hechas. También, ojo, hubo quien dijo que había mala fe, pero eso no, vamos, lo que me faltaba; igual no hice todo lo que pude, podía esmerarme más y es cierto que hubo cosas que ni un niño de siete meses, vale, pero nunca hice algo mal adrede. La mala fe es de esos señores que dicen que soy malvado y que las cosas son así para fastidiar a la peña. Pues no. Prefiero aceptar mi ineptitud antes que digerir la idea de ser mala persona. Ah no, que uno tiene su dignidad. Tengo un carácter un poco *especial*, eso sí, no lo voy a negar. Tanto tiempo viviendo solo no puede ser bueno para uno, ni para dos. Me volví quizá rabudo, pero sigo siendo el mismo desde siempre, siempre siemprísimo, vamos, desde el principio de los principios, que eso es lo mío, no cambiar, permanecer, eso sí que lo sé hacer. De todo lo demás podemos discutir, aunque ya sabéis... lo que opinéis vosotros...

Me pierdo un poco pero creo que la idea más o menos llega. Estaba ahora

hablando de mi carácter. Dije *especial* –por ejemplo esta palabra no me gusta nada. Ahora es el adjetivo de moda, sí señor, pero cambió, se modificó. Antes significaba ser de una especie, como diciendo *algo nuevo o distinto,* o distinto porque nuevo, ahora significa *maleducado*, pero sin tener los cojones de decir *maleducado* con todas las letras. *El nuevo vecino es un poco especial = le arrancaría los dientes a patadas y le haría tragar los discos que pone por las noches*. Un adjetivo nuevonuevito. Bueno, lo que se dice nuevo no, que ya existía. Se trata de reciclaje adjetival. Pero hay que decir que los Adjetivos no son lo mío, yo era más de Verbos. Pues va siendo hora de cerrar el paréntesis, ¿no?–, *especial* porque tenía de vez en cuando, cómo diría, rabietas, disgustos pequeñajos, represalicas de nada que a la gente le fastidiaban un poco. Nunca me han dicho nada, pero sé que no estaba todo el mundo conforme. Y venga hablar de por qué hice yo tal cosa y qué quería comunicar... bah, lo de siempre. Hay gente que no tiene nada que hacer y se pasa el día metiéndose en tus cosas: echas un pedo y ya están allí husmeando para ver qué has comido. Yo tenía mis malhumores porque siempre he sido así, pero fui persona –tampoco es la palabra adecuada pero qué le vamos a hacer– difícil desde siempre y mi error quizá fue buscar compañía por no saber estar solo.

Además lo que hice fue procurarme la compañía equivocada, que para estar bien, a gusto, hay que rodearse de seres conformes –o por lo menos *informes*– a uno. Yo me rodeé de gentita, y como siempre, de no saber hacer las cosas bien... Esperad un poco que ya está aquí el pesado que dice conocerme. Pues hombre ahora no es el momento. No ves que estoy hablando con esta gente. Venga, no me rayes la cabeza que la cosa te interesa a ti también, qué crees. Pues sí. venga, a ver, ¿de qué me conoces entonces? Te suena mi cara, pero ¿qué dices? Eso es imposible. Tienes una sensación vale, te parece que nos conocemos de antes, pero no recuerdas de dónde, mira que bien, eso es de gran ayuda. ¿Si soy de tu pueblo? Es un chiste, ¿a que sí? Como mucho tú eres del mío, no te jode. Venga, a callar un poco.

Decía que de no hacer las cosas bien, tuve que optar por hacerlas a montones. A falta de calidad, cantidad; así que tenía una compañía mayúscula, un poco inútil, como estar rodeado de niños, simpáticos, tan monos ellos, todo lo que quieras, pero tarde o temprano llegan a aburrirte. ¿Habéis tenido alguna vez un niño en casa? Con su carita sonriente, tirando el sonajero al suelo una vez y otra y otra y otra... ya me entendéis, ¿no? Llega un momento en el que esa cara pilla deja de hacer gracia y lo único que quieres es que pare ya con el sonajero. Luego piensas que la culpa de que tal bicho esté en tu casa no es sino tuya, ya que tú lo has invitado... y eso jode bastante, mina por dentro la autoestima, así que de vez en cuando te haces el sordo y sigues a lo tuyo, a lo que

estabas haciendo. Pues lo mío fue así. Me rodeé de personitas inútiles y llegué a aburrirme de ellos, así que pasé de todo, dejando que hablasen.

Algunos llegaron a decir que era vengativo, manda huevos, vengativo. ¿Qué dices hombre? Para vengarse, uno tiene que tener motivo, y para tener motivo, uno tiene que estar molesto por algo. Pero ¿cómo podía esa gentuza tener poder para fastidiarme a mí? Venga ya.

También había gente que me hacía regalos, que se sacrificaba mucho por mí pensando que me podía caer mejor, pero ¿mejor que qué? Un montón de sacrificios de todo tipo buscando la forma perfecta de caerme mejor, de ofrecerme un cariño, un detalle, como si a mí pudiera interesarme. Yo a esa gente llegaba a querer el triple que a los demás... a los que quería cero, *ce-ro*. Así que haceros una idea. Como si todos los días te regalasen un lapicero de pinzas para tender la ropa, de los que hacen los críos en los coles, *gracias muy bonito, sí señor. Lo dejo aquí ¿vale? En la basura. Pues gracias, precioso y muy útil*. Pero también es cierto que si estaban allí, la cosa tenía que ver conmigo y mía era la responsabilidad, así que tocaba tener paciencia, aguantar el tiempo que hiciera falta, que igual para vosotros es mucho, pero para mí son cuatro días mal contados, por algo son viejo.

Como decía al principio –no al Principio, que es otra historia– hice un sinfín cosas así porque sí y algunas incluso peor, pero ya está, y hubo mucha gente, aquella a la que le afectaban más directamente mis errores –para llamar las cosas con su nombre–, que me pedía más que los demás, a lo mejor no todo el mundo, pero eso era la norma, normalmente. Y venga pedir, venga pedir, pero qué quieres, si ya está, ¿quieres un milagro? Tira para adelante y a vivir que son dos días, si aún encima malvivimos pensando en lo hubiera podido ser, estamos apañaos. Lo hecho hecho está, no hay vuelta atrás. Punto. Uno tiene límites o falta de interés o de tempo, yo qué sé. Sobre todo, qué le voy a hacer. Hay quien hizo cosas terribles para mí. Ya soy mayor y puedo hablar de esos temas, pero antes me daba hasta reparo. Pues bien, hubo personas que llegaron a matar por mí. Como lo oyes, sí señor. *Matar*. Se dice pronto. Quitarlelavidaaotrooaotra. Impacta, a que sí. No me miréis así que no soy ningún jefe mafioso, jo. Yo no le había pedido nada a nadie. Ni siquiera había hecho referencia a eso o quizá una vez, de joven, en plan broma, qué tiene que ver. De repente a uno le da por hacerme un favor, pilla un cuchillo y, hala, degolla a otro pavo. Como si hacer una persona, concebirla, creala, fuese fácil. Pues no amigos, eso cuesta lo suyo. Luego me suelta, *mira, me cargué a fulano para que veas que te respeto, ahora ¿podrías hacerme un favor?* Pero vamos a ver, hombre, pira ya de

una puta vez. Y no fue uno, eh. Tengo una lista que no veas de gente que lo hacía. Llegué a tomar nota, un inventario de esos individuos, no un libro negro, unos simples apuntes, ¿me entendéis?, uno también tiene curiosidad; sujetos que incluso organizaban matanzas de peña y luego decían, *no, es que me lo ha dicho el otro*. Después claro que hubo quien me tenía manía. Si fuera cierto, yo también me hubiese cogido manía. Cagoenmí.

Y todo para pedirme cosas absurdas sin valor ninguno, coma salud para un hijo, dinero, estabilidad en la familia, un trabajo, paz... ¿A mí qué me importan esas pequeñeces? Un murmurio, un runrun-runrun-runrún de millares de personas cuchicheando. Vamos a ver, de ser capaz de hacer las cosas bien, ¿no creéis que las habría hecho correctamente desde el Principio, sin tener que remediarlas luego con el cuentagotas? ¿Qué creía esa gente? ¿Que yo había hecho las cosas así adrede para obligarlos a pedir que las arreglase más tarde? Llegó a dolerme, por ellos y por mí también. Cuestión de amor propio, decía, vaya chapuza, pobre gente. Una eternidad de quejas y sin poder hacer nada. Es frustrante, anda que no. Luego me harté, así que vale, tienes razón, peeeero...

También hubo quien lo pasó mal de verdad, que tenía la hostia de problemas y no dijo ni mu. Gente con derecho a la queja eterna, personas con aflicciones físicas o psíquicas o que por mi culpa vivían en situaciones espeluznantes y que en ningún momento las oí lamentarse. Aguantaban lo que les cayera porque sí, por la confianza que tenían en mí. *Si es así, él sabrá por qué*, que mis caminos son inescrutables, decían. Pobre gente. Mira que de pensarlo bien hice una de cabronadas que, si me importarais, tendría vergüenza, de veras. Esas personas vivían con lo que tenían, verdaderas desgracias, tragando mierda todo el rato a la espera de la sobremesa. Ponte tú en su lugar. Vives una vida ahí, e un..., ¿cómo decíais, que me hacía la hostia de gracia?, ay la Virgen, ¿cómo era?, ah, sí, en un Valle de Lágrimas, mira tú que evocador, vives toda una vida en el Valle ese tragando, como os decía, mierda y en el momento de la sobremesa va el camarero y te dice que la cocina está cerrada. Pues es algo por el estilo. Vale, tal vez no es el símil más guapo del cosmos, pero ya estoy retirado así que me da igual. ¿Cómo le dices a esa gente que no hay un carajo –no dije *Nada*, dije *carajo*, que es distinto, bien se ve–, después de lo que vivió?

Y luego los ascetas. Mira, ésos sí que no los voy a entender por muchas vueltas que le dé al asunto. Toda una vida a no vivir. Y por mí. A mí ¿qué más me da lo que haces, si comes, no comes, si hablas o no, si follas con condón o si tienes un nudo en la punta da pirola? ¿Sabéis con quién estáis hablando? ¿Creéis de verdad que a mí me podrían interesar vuestras naderías? ¿De verdad? ¿A vosotros os interesa lo que opina la

pelusa de entre los dedos de los pies? ¿A qué no? Pues es lo mismo. Tienes una vida que te puede gustar o no. Igual no la querías, pero, mira tú, aquí estás. Aprovecha hombre. ¿Qué haces perdido en un monte rezando y hablando con uno que ni te mira? ¡Y con el día que hace! Pues date un paseo, viaja, yo qué sé, conoce gente. Los ascetas, qué peña, oye. Daban ganas, a veces –digo a veces–, de decírselo. *Mira tío que no*, pero siempre estaba haciendo algo, justamente para no pensar en eso, en esa gente, en lo que hice, en lo que os hice. Pero bien, al fin y al cabo qué más da.

También había personas convencidas de que sabían lo que yo quería y trataban de convencer a los demás de que había que hacer eso o dejar de hacer aquello y tenían un libro, como un manual donde lo ponía. Explicaban que había que rezar la hostia, me refiero a que había que rezar mogollón para que yo estuviese contento o para que las almas de los muertos pudiesen llegar a estar conmigo; algo por el estilo, nunca me cosqué muy bien de cómo era aquello, pero contaban que sois como globos que en vez de aire dentro tenéis un alma que cuando la diñáis sube al cielo. Y en el libro pone que hay almas de gente más buena que otra y que mola más y que entonces viene a vivir conmigo donde –decís– está también mi hijo, sentado a mi derecha, y también estaría su madre; luego hay que añadir todo tipo de bicho raro con alas, espadas, pesas y otros aparejos, escritores, visionarios, gente medio comida por leones... vaya, un circo montado... todo hijo de vecino que la espichaba llegaba derechito a mi lado, claro, yo no tenía nada más que hacer que montaros un trastero aquí, vaya idea, enhorabuena. Bravo.

Y detrás de todo había un viejo –que no era uno, siempre había uno, pero fueron muchos seguidos– que decía que trabajaba *de* mí, que era mi relaciones públicas..., como yo no sé hablar por mí, necesito a un viejo que me haga de secretario, ¿no? Os parece lógico, ¿verdad? Ese se había montado un chollo increíble, sin trabajar, sin mover un dedo, hablando idiomas, eso sí, por lo menos tiene mérito, hablando en mi nombre y la gente venga seguirlo, pobres, tenían miedo, qué iban a hacer. El tipo te dice que vas a morir y que aunque ahora lo pases mal, luego llegará lo bueno; la gente se lo creía, claro, por la necesidad de ver un sentido, una finalidad o un orden en todo esto. Al no poder aceptar que nada tiene ni razón, ni sentido, ni gracia, tienes que refugiarte en algo, un *después* que viene después y que es mejor del *ahora*. Lo entiendo, pero no deja de ser una tontería. Es como si te dicen: mira, te llamé para jugar un juego en el que las reglas a veces son duras, en donde las normas no son iguales para todos y si tú empiezas en el cuadro 1 del tablero, hay quien empieza en el 15; un juego que tal vez no te guste mas no lo puedes dejar, que si no es peor; un juego en donde nadie gana, pero en el que lo importante viene luego, después del juego. Entonces ¿para qué coño jugamos? ¿No

podríamos empezar directamente por el *después*? Bah, personalmente no le veo lógica ninguna pero no digo nada, se montaron así la película y venga gente a tragar con todo. Lo que me fastidia es que dijeron que fue idea mía, pero ya sabéis, vuestra opinión... En realidad la cosa no tiene sentido y es un poco de chorras buscárselo. Digamos que es como una figurita de cerámica mala que compras en un todo-a-cien para regalar a alguien: no tiene mucha utilidad y si te gusta, pues estupendo y se no, tira con ella y punto, por lo que vale, tírala y a tomar por ahí. ¿Queréis un sentido? Pues tomad sentido.

De volver atrás no haría ni siquiera la mitad de las cosas que hice. Y no hablo de enderezar lo que salió torcido, porque sé perfectamente hasta dónde puedo llegar y no me voy a engañar a mí mismo. Salió así, porque así tenía que salir, porque así sabía yo hacer as cosas, ¿estamos? Por eso, de volver atrás, estaría más quietito, hacer menos para meter menos la pata. ¿Qué? ¿Queréis un ejemplo? Un ejemplo... a ver... los sentidos. Los cinco sentidos. *¿Qué pasa con los cinco sentidos?* Diréis. Sí, tenéis cinco pero podrían ser siete o noventa y cuatro, por qué no. Al imaginaros, ¿a mí qué me costaba poner más sentidos? ¿Por qué sólo olfactotactogustovistaoído? El del tiempo, por ejemplo. Podría daros el sentido del tempo, pero nada, al final decidí no ponéroslo. No me miréis así, no me refiero a la necedad cósmica del reloj interior. Vaya si no me he reído yo con eso, el *reloj biológico,* manda huevos, y sobre todo las mujeres, eh. Cuando lo escuché la primera vez quedé pasmado, la verdad, pero nada, no podéis sentir el tempo, percibirlo. Es así. No se puede y punto. Como decir que voláis en el instante que quedáis despegados del suelo durante un salto, pues lo mismo. Decir que, después de despertar toda una vida a las siete y media de la mañana para ir a currar, conseguís hacerlo solos a la misma hora sin despertador, a mí no me parece un gran poder vamos; tampoco se trata de eso. No quería yo quitaros la ilusión y no os dije nada, pobrecitos, pero la verdad que me hizo gracia.

Pues bien, decía, si volviese atrás os haría, os crearía distintos, mejores, más sólidos, autónomos... yo qué sé, por ejemplo el tema del hambre. El concepto en sí, la sensación de hambre. Eso sí que fue un E R R O R, con todas las mayúsculas, coño. Claro, podía plasmaros sin la necesidad de la alimentación. ¿A mí qué me costaba? Nada. Yo hacía las reglas y yo mismo podía escribirlas de otro modo, ¿no? Pensaba que iba a ser más bonito, más equilibrado, que tuvierais que alimentaros con lo que había en el mundo, una forma de relacionarlo todo, el mundo y vosotros: el mundo produce frutos y vosotros os los coméis, y luego cagáis abono para más frutos... vale dicho de esta forma parece una chorrada, mas ¿entendéis lo que quiero decir? Quería que hubiese un

sentido, un orden natural, una conexión, un círculo perfecto. Me pareció guay. Pero luego me percaté de que acababa de meter la pata. Claro, sin hambre desaparecerían las necesidades más básicas y se reduciría el miedo a la muerte, no existiría el impulso a la acumulación y por consecuencia nunca se generarían las divisiones entre los que tienen y os que no, no habría que trabajar y producir para generar una riqueza que convertir en pan, podríais disfrutar de la tierra sin ser esclavos de la fatiga de convertir los prados en campos, no habría que invertir la vida para crear sustento para seguir con vida, sólo habría tiempo para la vida y venga, a vivir. ¿Sí? ¿Lo podéis imaginar? Seríais libres. Despertar y desear pasear, respirar, abrazar el mundo sin depender de él. Libres. Millares de años evolucionando, transformando el cuerpo, adaptándolo a los retos, a las necesidades, alimentando un cerebro cada vez más potente y perfeccionado para cumplir desafíos cada vez más impresionantes, para luego seguir siendo esclavos de una bolsa muda y ciega que llamáis estómago. Vale, ahora es tarde para recriminar.

La culpa es mía. Yo lo hice así. La intención fue buena, pero la verdad merezco muchas de las críticas que llegué a oír. Sé que hay gente que incluso dice que ni siquiera existo. Quizá estén enfadados y no quieren saber de mí, no lo sé, pero ya está. Que queréis que haga. *¿Otra vez será?* Pues no. Ya os dije, por aquí no vuelvo a pasar.

O tal vez el error fue hacer la gente, a secas; fue rodearme de todo el mundo y creer que igual me hacía falta o qué sé yo, mi error fue no ser quien de aguantar tanta soledad y estoy arrepentido, pero ¿qué le voy a hacer? ¿Matarme? ¿Suicidarme? No creáis que no lo he pensado algunas veces, pues sí que lo pensé también. Qué hago yo aquí, todo solito, sin saber bien con qué llenar el tiempo todo. Cuando reconocí que no tenía grandes capacidades, de no tener la competencia para hacer bien las cosas, al ver que todo lo que hice no tiene ni sentido ni gracia, me cogió una pequeña depresión, una melancolía aquí dentro –también habría que matizar el concepto de dentro, pero es para que me entendáis– y pensé acabar conmigo. No fue por falta de valor que no llegué a hacerlo, sino por exceso de conocimiento metafísico.

A ver se me explico... no hombre ahora no. ¿No ves que estoy en el *quid* de la cosa, que me estoy sincerando con esta gente? ¿Nos conocemos? Venga, nos conocemos. Me conoces de antes. ¿De antes de cuándo? ¿Te vale si te digo que de antes de la guerra? ¿Te gusta así? Suena bien, ¿verdad? De antes de la guerra, de acuerdo. Trabajamos juntos en algún sitio o meamos uno al lado del otro en un bar de carretera, claro. ¿Ahora sería imposible, no? Mear juntos, digo, sería imposible, porque tú no llegarías al baño, ¿o me equivoco? Por eso llevas pañal, ¿digo bien? No me mires así que tengo razón. Me equivoqué toda la vida pero siempre tuve razón. Es así. La tengo y

es mía. Hala, vete a dar una vuelta, hombre.

No quiero ser duro con él, pero es que si no no da marchado, os lo digo yo, y aquí quedamos en el medio del cuento, nos eternizamos... definitivamente hoy estoy inspirado,.

A lo que iba. A ver si me explico: no se trata de miedo al *después*, ya que no había después, ni antes. Como mucho puedo admitir que había un *ahora* pero no me preocupé mucho de eso. Mi conocimiento metafísico era innato ya que el *meta-* era yo. Todo lo físico no me interesaba nada o casi nada. Me interesaba en la medida de que lo había hecho yo, lo físico digo. Lo había creado y ahí estaba. Mal hecho todo lo que queráis, pero estaba. Lo metafísico ya estaba de antes, antes de que se pudiese considerar *meta-,* claro, pero ya existía. Tampoco *existía*, simplemente era, es. Y yo era y soy aquello, lo que ahora, que existe lo *físico*, puede considerarse *meta-físico*.

Pues bien, yo estaba ahí, estaba y era y no podía marchar. Tampoco sería marchar. Todo lo que yo sabía era que, si me piraba, habría o podría haber un colapso feo feísimo, *El* Colapso. Una implosión magistral sin testigos, maravillosa. E imposible. Si yo ya estaba y si no había llegado de ningún sitio, no había ningún sitio al que dirigirme o en el que ocultarme o en el que apagarme. Pues eso, imposible. Estaba claro que toda mi vida fue un error, un error mío, no le echo la culpa a nadie, que no hay o no tengo a nadie para compartir responsabilidades; ni tampoco tengo nada con qué excusarme, no lo tengo porque no hay nada, la Nada, quiero decir, que tampoco existe, es la Nada, así que no puede ni siquiera existir. Porque estoy, soy, yo. Así que nada de Nada. La Nada, vaya invento.

Decía que todo –Todo– fue un error mío, un error de los mayúsculos, pero el más mayúsculo, el mayusculísimo habéis sido vosotros, que ni falta hacíais, pero el hecho hecho está. Toca aguantar. Esperar no, que no se trata de esperar. Además, como os digo, el *esperar* es una proyección de un futuro cualquiera, un algo que todavía no es, que no está o que está, por así decirlo, más adelante y que tiene que llegar no se sabe ben de dónde. Pues bien, verlo así es también un error, por lo menos para mí, que no tengo ese *adelante* que decís vosotros. Todo lo mío es aquí, en este *aquí* enorme y vacío que soy yo.

Tampoco puedo permitirme el lujo de deshacer, de destruiros –vaya si lo he pensado veces, hostia–, por ejemplo, por poner un absurdo -un razonamiento del revés que ya sabemos que no furrula-, no puedo devolveros al remitente, porque sería volver atrás y nada ni nadie puede volver atrás, ya que el atrás sería un antes que sólo existe para vosotros y *aquí*, pero no para mí, en mi *Aquí*. Ni vosotros, en vuestro aquí podéis

volver atrás, pero por lo menos aquí puede uno *pensar* en el atrás, tener una ilusión o percepción del atrás, del antes, del *allá*. Pero yo no –tenéis eso que a mí me falta, es cierto, pero yo no diría que es una ventaja sobre mí; podéis considerarlo de ese modo, claro, como queráis, vosotros mismos–, y, si os destruyese, sólo quedaría yo en el Aquí inmóvil, y ya no existiría el único "lugar" en el que puede existir el *atrás*. ¿Entendéis la contradicción? No lo voy a explicar otra vez, si no estáis, no es problema mío, míos.

Además lo físico, una vez creado, se contrapón a lo metafísico que era lo único que había –por supuesto en este caso *había* no es expresión adecuada– pero al destruirlo, siempre en el absurdo del que hablamos, quedaría en nada, pero no puede haber nada, la Nada, ya que estoy yo. Si yo no existiese, no digo nada –perdonad el juego–, pero estoy y soy, así que sería una contradicción sin arreglo. ¿Lo pilláis? Ahora algo *hay*, *existe* ese algo físico y no se puede volver atrás. Antes sólo estaba yo, pero al borrar lo físico quedaría un agujero, un Nada, en el *contínuum* que llamáis metafísico, que es lo único que ya estaba, aunque no se llamaba así. Y eso no es posible, de veras, lo sé yo.

Os veo un poco perdidos, quiero decir, más que de costumbre. A ver. Hay dos vías, dos enfoques si queréis, los dos igual de chorras:

Por un lado está la idea de desandar lo andado. El imposible retorno en el *atrás*. Hablo de vuestro *atrás*, ya que para mí, sin tiempo, no hay *atrás*, así que nanai. Si queremos hablar de retorno, hay que hablar en términos físicos a secas, en los términos de vuestro mundo y en esos términos nada de lo que existe puede volver a un estado anterior, ya lo sabéis, como el adagio ese de que no te puedes bañar dos veces en la misma agua. Y si aceptamos que en vuestro *aquí* hay procesos, cambios, transformaciones, progresos, ya sabéis que no hay cosa que vuelva ser la misma. Así que no podéis volver a no-estar (o non-ser, me es indiferente, vamos) porque ya no hay vuelta atrás, por muy amenazante que os parezca.

Por otra parte, lo físico, por muy limitado que sea, no se puede quitar de en medio así porque sí. Yo puedo crear las cosas según me parezca, desde la nada como decís vosotros; pero eso no se puede hacer aquí, en vuestro aquí, pero yo sí puedo hacerlo, es una de las ventajas de ser quien soy, claro. Pero lo físico, desde el momento que existe, es parte del todo, y no se puede quitar una parte del todo sin dejar, como decíamos, un hueco, que sería, por contraste y por lógica, una porción de Nada en el medio del Todo, lo cual –es obvio–, es una contradicción.

La contradicción desaparece si suponemos que no existo yo, pero, venga, no vamos a perder el tiempo una vez más retomando ese cuento chino, ¿verdad? Y si no los que están hablando solos seríais vosotros, que quede claro. Y además, si yo no existiera,

olvidándonos de quién coño os ha creado entonces, ¿quién podría, quién estaría ahora en la posición y con el poder suficiente para borraros tan cariñosamente?

Nada, nada, no hay solución. Estamos unidos en esto. Yo no os puedo dejar y vosotros no podéis dejar de estar. Es como uno de los muchos matrimonios sin amor que hay por ahí. Seguimos juntos aunque nuestra relación ya ha perdido toda significación.

Lo que podríamos hacer, sólo es una propuesta, sería dejarnos mutuamente en paz y no volver a sacar el tema. Es por eso que estoy aquí, para descansar, para olvidar los errores y para que me olvidéis, que aprendáis que no os hago falta, que os soy inútil. Venga, no pongáis esa cara. Es así y seguro que en breve os acostumbraréis. Pues sí. Confiad en mí. Va a molar. Cada uno a su bola y todos felices. De verdad, no quiero sacrificios, ni humanos, ni nada, no los quiero. Ya tengo un *godzillón* de lapiceros de pinzas y hasta algunos dibujos horribles e insignificantes para la nevera. No os quiero y vosotros, aunque ahora no lo creáis, tampoco me queréis a mí para nada.

Nos hemos hecho daño a lo largo de todo este tempo. Vale, sobre todo yo a vosotros, vale, ok, de acuerdo. Dejémoslo así. Para qué. Que yo también... no voy a sacar ahora el viejo cantar de mi hijo. Tan joven él, quizás algo ingenuo, pero nuevo de trinque. Llega y ¿cuánto dura? ¿Treinta años? Poco más y ya estaba roto de todo. Tenéis un cuidado con las cosas de los demás que manda carajo. Pero bien, qué le vamos a hacer. El pasado es pasado. Intentad pensar como yo: el pasado no existe y no puede traer malos recuerdos algo que no existe, ¿no?

¿Qué queréis? ¿Una disculpa? Venga, a estas alturas, queréis una disculpa. Pero ¿sabéis con quién estáis hablando? Pues vale, venga, qué más da. Acabemos una vez por todas. Tenéis razón. No estoy acostumbrado a eso. Pero, coma decía el otro siempre hay una primera vez.

Lo siento.

¿Qué? ¿No parezco convencido. Pues no es mi problema. Esto es todo lo que vais a conseguir. Tampoco me parece poco. Joder.

Ya está, ¿no? Ya queda dicho y a ver si ahora puedo descansar un momentín en el aquí con minúscula, en vuestro aquí.

Chau.

Ya tomé las medicinas y dentro de unas horas traen la comida. A ver se me dan

puré de patatas. Ay qué rico está y qué bien me sienta. A ver. Espera un segundo, aquí está el tipo ese. Yo le conozco, estoy seguro. Le conozco, pero no sé de dónde. Mi memoria no es lo que era y me gasta bromas pesadas, a veces no sé ni cómo me llamo. Pero el individuo ese estoy seguro que ya lo he visto en algún sitio.

Está hablando solo. Pobre. Otro que no está muy bien de todo, pero qué le vas a hacer. La vida es así, quizá un poco puta demás pero es así y punto.

Me suena un montón, se lo voy a decir. Igual él me reconoce a mí también y se alegra de verme.

Eh, tú. Te conozco. ¿De dónde eres? Tú me conoces a mí? ¿Dónde nos hemos visto? ¿De dónde venimos?

¿No habías muerto?